

ello era así verdad, porque los cuatro habían á un tiempo embestido á sus dos criados; aunque como ellos fuesen personas de honra, hacían, sin desamparar la puerta, notable resistencia.

Llegaron á este tiempo los dos hermanos al peligro mayor, que era salir sin dar á espalda por tan grande angostura; mas haciéndoles cara don Diego, y dando un recio encuentro con su hermano, su fuerza le sacó á la calle; y ejecutando él con gran tiento lo mismo, poniendo allí el resto de su valor, y porque siendo tantos y tales, saliéndose tras de él, no fuese mayor su riesgo; á su pesar, con ánimo increíble, firmando fijo el pie, los tuvo á raya; y diciendo á don Fadrique que ayudase á su gente (en el interin que obedeció gallardo), el buen don Diego defendió el postigo, y tan valientemente, que sin duda les hallara allí el día que le saliera hombre. Mas en aqueste punto, en quien, ya con ayuda de sus criados, y no sin gran trabajo, llevaba don Fadrique á los contrarios de vencida, y de suerte que sacándoles de aquella calle, podía en la retirada temerse su desdicha; considerando los que quedaban en el huerto, que á mayor dilación acudiría gente, que excusase su venganza; aunque hasta entonces deseosos de encubriarla y ejecutarla á su salvo, no se habían valido de otras armas; visto que ya el secreto era imposible, abandonándose infamemente, dispararon en el valiente mozo dos cargadas pistolas; que aunque, per-

mitiéndolo Dios, sólo la una le hirió en el brazo derecho; la bala de la otra le acertó en la fuerte rodela, con tan grande furor, que si bien sus aceros resistieron el golpe, él fué tan poderoso, que como si le hubieran tirado un morterete, así le echó á rodar por aquel suelo, en quien desembarazada la salida, rodeado de sus enemigos, es sin duda que primero muriera á sus manos que se levantara; si á tan triste sazón, no se les opusiera impensadamente un hombre que le defendió con tan maravilloso esfuerzo, que pudo á su pesar, aunque ya muy mal herido, recobrase don Diego y darles una terrible carga. Al principio de tan buena ayuda, con el desatiento de la caída y el cuidado del peligro presente, presumió que su hermano era el que le favorecía; mas viéndole á este punto llegar con sus criados, salió de aquel engaño.

CAPITULO CVIII

Cuéntase el fin de este fracaso y lo más que les avino.

DEJABA don Fadrique, aunque á costa de algunas heridas, en declarada fuga, á los que le tocaron; y no así se le fueran sin mayor estrago si el estampido de las dos pistolas no le hiciera volver, juzgando algún grave peligro en su querido hermano; que ahora con socorro tan bueno, de tal suerte embistió á los que tan alevosamente

te le habían herido, que en breve espacio los encerró en el jardín; si bien no tan lozanos como salieron, porque el primero cayó en dando cuatro pasos, y el último en el propio postigo quedó desmayado con una espantosa herida; y aún no se contentara con lo hecho (porque el verse tan herido le tenía rabioso), antes yendo á arrojar en el jardín, sin duda diera fin de los demás, ó sucediera el suyo; si trabándole aquel incógnito hombre por un brazo, no le dijera:

—¿Adónde vas, mancebo, tras de tu perdición y la mía? Tente y vuelve á tu casa, que no harás poca hazaña, si como estás, escapares la vida.

A estas razones que le turbaron los sentidos más que el presente riesgo, se retiró don Diego: y obediéndolas con obras, dió la vuelta á su casa. Mas apenas, saliendo á lo ancho de la calle, quiso darle las gracias, cuando ni lo vió ni lo oyó. Túvolo por portento milagroso, y así, dando gracias á Dios que le había escapado, en llegando á su lecho, trató de que con gran secreto le curasen. También don Fadrique traía dos heridas, y el un criado atravesado el brazo; con que todos hicieron cama, y todos estuvieron en no poco peligro, aunque el de don Diego fué mayor.

No se entendió este caso en largos días, porque unos y otros procuraron encubrirlo, tan inviolablemente, que aunque en casa de Hipólita quedó uno de la pendencia muerto, pasó en cosa juzgada y sin saberse. Todo lo cual entendió don

Diego por medio de aquel paje, archivo del amor y billetes de su dama, el cual, también le advirtió cómo el conde su padre, así á ella como á la hermosa Laura, les había sacado de la corte, y que aunque á los principios se creyó que á Cataluña, el volver su padre más en breve de lo que requería semejante jornada, había deshecho su presunción. Con tanto, aunque el sentimiento del caballero herido fué terrible, su generoso espíritu se le opuso de suerte que, no obstante el ver perdido este negocio, siempre se prometió esperanzas seguras de volverle á ganar.

Este breve y alentado consuelo causó en gran parte su mejor convalecencia, aunque fué más larga que la de don Fadrique; el cual, ya había días que andaba en pie; soldando tanto algunas glosas, que por su recogimiento se esparcían, cuanto las quiebras de su amor, si bien como él sabía el convento donde estaba Leonarda, la tenía ya satisfecha con su indisposición.

Había asimismo escrito largamente á su padre, don Alonso, el intentado empleo, sus requisitos y circunstancias, y por momentos esperaba su beneplácito y licencia; con que, Leonarda, sin curar de las lágrimas y aun de las envidias amenazas de su abuela, alegre sumamente, esperaba el fallo de esta resolución.

Don Diego en este tiempo, levantado por casa, también suspendía sus cuidados, y la pena de no saber dónde Hipólita estaba, ya con la conver-

sación y visitas de sus amigos, y ya con entretenidos juegos y diversiones; sin curar de otra cosa, ni aun de traer siquiera á la memoria algunos de sus mayores acaecimientos, cuyo fin dependiente, aunque él olvidó tanto, muy pronto se le hicieron acordar. Porque á la tercera noche de su más segura salud (que parece se había esperado á que totalmente la tuviese), estando aún antes de maitines don Diego en su cama despierto, y vacilando con su imposible amor, con estar bien cerradas, de repente se abrieron las dos puertas de la cuadra, y entrábase por ellas aquel espantoso hombre que ya oisteis, poniéndole como otra vez en no pequeña turbación, sin alargarse en pláticas, le pidió que se vistiese, cosa que, pasado aquel sobresalto primero, hizo don Diego en un punto, y con mayor aliento que antes, porque aún los demonios tratados son menos temerosos, ó á lo menos así lo han presúmido muchas engañadas mujeres que ha castigado el Santo Oficio.

Digo esto, admirándome de ver tan despejado en caso tal á este mancebo; pues como si le llamaran para algunas bodas, así se puso en orden y así con sus acostumbradas armas, mano á mano se salió de su cuarto con aquella sombra, á quien asimismo, como si comunicara con otro hombre de su suerte, le fué satisfaciendo así en el particular de sus heridas como en la remisión de su tardanza y descuido, á todo lo cual,

no respondiéndosele palabra alguna, callando él juntamente, atravesaron los corredores, bajaron á la escalera, cruzaron el extendido patio y salieron á unos trascorrales, siguiendo con lindo ánimo esta derrota, hasta que reparándose casi en la mitad de ellos, volviéndose á don Diego el afligido compañero, después de una breve interrupción que primero hizo mirándole atentísimo, con trémula y triste voz le comenzó á decir semejantes razones.

CAPITULO CIX

Prostíguese la historia y el valor generoso con que don Diego asiste á este horrendo espectáculo.

Yo soy (dijo temblando aquel misero espíritu) ¡oh ilustre mozo!, Ignacio Ortensio, cuyo nombre no ignoro le habéis oído diversas veces en vuestra casa propia; yo soy aquel criado á quien injustamente habrá treinta años que vuestro padre y dos esclavos suyos, sacándome á este sitio (campo bien solitario en aquel tiempo), me dieron muerte y sepultura entre estas hierbas y carrizos. No quiero, no, alargarme en la causa, porque sé que muy pronto la sabréis por diferente vía; sólo os vuelvo á decir que morí sin culpa; y así la Divina Providencia, á quien todas las cosas están subordinadas, ya que permitió

la muerte de mi cuerpo, no así dió lugar á la de mi alma; si bien desde aquel punto otras particulares ofensas arrependidas, lloradas, pero no satisfechas, justamente merecieron el purgatorio y penas increíbles en que estoy padeciendo, y de adonde si mereciere mi aflicción vuestra noble piedad, haciendo por mí los sacrificios y satisfacciones que yo os dijere, saldré al descanso perdurable. Ved ahora si según mi demanda gustaréis de admitirla, advirtiendo antes de responderme que aunque con más razón pudiera pedir esto á quien me redució á tan triste estado, no se me ha permitido; y así, pues, los secretos juicios del cielo me concedieron ser instrumento en vuestra ayuda cuando entre los pies de vuestros enemigos no ha un mes que os visteis casi muerto, no hay duda sino que á vos también tiene su misericordia y piedad remitido mi último remedio.

Aquí, cesando, dió aquel cuerpo fantástico fin á su discurso temeroso, y don Diego, que con espanto y admiración le había escuchado, principió á su respuesta, que fué tan cristiana, tan llena de piedad y generoso espíritu, que teniéndose de ella por satisfecho el difunto Ortensio, rindiéndole las gracias, finalmente, le dió particular y estrecha cuenta de la satisfacción y demás cosas que por su amparo se habían de hacer; y pidiéndole, sobre todo, sagrada sepultura, y aceptádolo y prometídolo,

al mismo punto se le quitó de delante, pareciéndole el noble caballero que había sumergídose en aquel propio sitio. Y así, con advertencia y ánimo que suspende, puso en él por señal unas piedras, y dando la vuelta con más sosiego que hasta allí, de paso despertando á su hermano, le dió extensamente razón de todo, y recostándose en su lecho, apenas fué de día cuando comenzó á disponer su promesa, dando orden, no sólo en que se le dijese buen número de misas y hiciesen otros sufragios, sino á otras satisfacciones de hacienda y honra, y lo más esencial, que fué un honrado entierro, porque nunca dudó de hallar el cuerpo. Y como para hacerlo pareciese forzosa la intervención de la justicia, callando el nombre y el homicida, fielmente declaró todo el suceso; con que acudiendo á tales diligencias ministros y personas graves de la corte, dió un terrible estampido por toda ella, y mandando cavar en la parte advertida, á pocos lances pareció el cuerpo, digo, sus descarnados huesos, y juntamente una espada y diversos pedazos de la capa y vestido; por donde se entendió que con todo ello le habían sepultado. Con lo cual, haciéndolo ahora en su misma capilla, porque de la misma manera que si fuera un pariente, quiso don Diego que sus deudos y amigos le honrasen.

Para las restantes satisfacciones, teniendo necesidad forzosa de comunicarlas con su pa-

dre, aunque en tan grandes dilaciones se consumía su fuerte corazón, respecto que por ellas se imposibilitaba el buscar á su dama, no quiso anteponiéndolas, diferirlas ni alzar mano de ellas hasta su conclusión, estimando por acción más loable ésta que conseguir su gusto y aun perder un casamiento tan ilustre.

Mas como semejantes servicios nunca el cielo los deja sin recompensa, será por do menos pensó halló este caballero el premio de ellos y de sus buenas obras, y así, en su prosecución, se puso en camino, encargando á su hermano la de otras cosas que dejaba empezadas.

CAPITULO CX

Declárase quién era la dama de don Fadrique, su desengaño y aflicción.

No había aún dado la vuelta el mensajero que esperaba don Fadrique sobre su casamiento; y esta resolución le dejó en Madrid, y el ver que así mesmo de coraje y pasión había rendídose á una cama su abuela de Leonarda. Y como su edad les pusiese en cuidado, deseando su consuelo, tuvo por acertado que ella lo dispusiese, satisfaciendo á su inobediencia, con declararla su voluntad, y las partes, personas y calidad de su empleo; pareciéndole, y no sin mucha razón, á don Fadrique que ganando y no perdiendo repu-

tación con él, la afligida señora se quietaría y lo tendría por muy honroso. Pero lo que resultó de esta diligencia y consuelo fué que apenas leyó el papel y razones de la dama, y advirtió en ellas sus intentos, y, sobre todo, el nombre del galán y de sus padres, cuando inmediatamente, con profundos suspiros y extremos espantosos, se quedó desmayada.

Esta absolución de sus deseos, como, en efecto, mala nueva, supieron brevemente los dos tiernos amantes, y porque no así parasen sus desgracias, pocas horas después la de la muerte; de adonde, sin pensar resultaron sus más crecidos y irremediables sentimientos; suceso bien digno de que se lea y advierta atentamente. Murió, pues, como dije, esta señora, apresurando su fin, lo que en Leonarda se juzgó por su mayor remedio, y aun estuvo en términos de que, si puede haber mayor mal que la muerte, cayese sobre su indignación y sentimiento, que en parte la tuvo muda y sorda á los consejos saludables del confesor y padre de su alma, que á no ser él tan docto y aun tan cuerdo, sin duda corriera detrimento; mas no permitiéndolo Dios, no sólo la sacó del camino errado, mas juntamente, abriéndola los ojos, la hizo disponer cristianamente de sus cosas, y que sin reparar en pundonores ó respetos humanos declarase el secreto de verdades tan graves que, sólo el digerirlas, bastara en cualquier tiempo á quitarla, como en aquél, la vida.

Pero esta diligencia, aunque de tan gran riesgo, pareció inexcusable, y tanto que, á quedar en silencio, se abriera puerta á una dilatada y horrible ofensa de Dios; pues fuera cierto que si la anciana abuela no dijera cómo la hermosa Leonarda era hija de don Alonso de Mendoza, y por el consiguiente, hermana de don Fadrique, apenas cerrara ella los ojos cuando los hermanos estuvieran casados ó en términos peores; porque ya en este punto, sabiéndose el de su muerte, como heredera forzosa, Leonarda estaba en su casa y su amante disponiendo las bodas; mas esta impensada declaración suspendió sus deseos, aunque no su esperanza. Porque, si bien sus ansias, sus congojas y lágrimas fueron terribles, en medio de ellas, sin poder animarse á darla crédito, don Fadrique partió á mejor enterarse de su padre y en seguimiento de don Diego, su hermano; y su dama, resolviéndose en llanto, quedó esperándole.

De esta suerte caminó tan aprisa el ciego mozo, que antes de llegar al cristalino lugar alcanzó á su hermano, con quien, referido el suceso, llegó á los ojos de su padre, que no estando avisado los recibió, mezclando el gusto de su venida con el sobresalto de verla tan sin pensar, temiendo la hubiese ocasionado algún peligro. Mas enterado en ella, don Fadrique no sólo entendió la certeza de sus dudas, mas oyó de su boca los últimos amores que, si os acordáis, en el principio de esta historia, no sólo fueron el

origen de su destierro y salida de la corte, pero de la injusta y lastimosa muerte que dió al pobre Ignacio Ortensio. Y así era la verdad, porque su madre de Leonarda era aquella hermosa doncella que dije haberse libremente enamorado de don Alonso; y la difunta vieja madre suya y abuela de Leonarda, quien advertido su preñado y la imposibilidad de don Alonso para saldar su honra, excusando la publicidad de tal afrenta la había encerrado en un convento, adonde profesaba vivía entonces ejemplarmente.

Con tal satisfacción (que era la misma que tenía de llevar el mensajero) quedó don Fadrique desengañado y perdiendo el juicio, y su hermano don Diego admirado y confuso, y no lo quedó menos su padre cuando entendió la ocasión que á él le traía, y el memorable y temeroso acaecimiento del difunto criado; pues no sólo en oyéndolo se compungió su alma y entristeció su corazón piadosamente, sino que, sin poder reposar, ni aun alegrarse, desde aquel punto fué cavando en su pecho de suerte el temor del castigo y el deseo de satisfacer á Dios y al mundo, que ni el amor de sus queridos hijos, sus muchas lágrimas, ni el deseo de sus acrecentamientos, desamparo de sus criados y mayormente su larga edad y sujeto regalado, fueron parte á estorbarle meterse en un convento, adonde profesando santamente la observancia regular de San Francisco, después de algunos años acabó sus días.

CAPITULO CXI

Vuelven á Madrid los Mendozas, y juntamente con su historia se da fin á esta primera parte.

QUEDARON, con tal resolución, los dos hermanos, aunque llorosos y desconsolados, riquísimos; y así, dentro de pocos días, como su cuerdo padre ejecutó este intento, repartiendo entre sí los criados que tenía y disponiendo las demás cosas, dieron vuelta á Madrid.

Era en esta sazón el rigor del invierno, y sus continuas aguas tenían anegados y peligrosos los campos y caminos; y con todo prosiguieron en su viaje, no obstante que la primera jornada, llegando á un profundo arroyo, él venía de suerte embravecido, que los tuvo dudosos el pasarle. Mas como la noche se les venía acercando, y con ella otros mayores inconvenientes, deseando excusarlos y salir del presente sin mayor suspensión, don Diego, que siempre en tales casos quería ser el primero, intrépido, apretando á un cuartago, le iba á arrojar al agua, y hiciéralo infaliblemente si llegando á esta sazón al mismo puesto un pobre labrador no lo impidiera y con tan eficaces razones, notando el gran peligro, que obrando en él particularmente, y en todos los demás con secreta fuerza, sin más porfiar

tomaron otra vía, yendo aquel hombre siempre guardándolos, hasta que siendo anochecido los puso en una puente, por adonde pasando los compañeros, deteniendo por la rienda á don Diego, en voz baja le dijo:

—Ya con esta son dos, buen caballero, las veces que, mediante Dios, me debéis la vida; porque tened por cierto que pereciéades así en la pasada como en ésta; pero el cielo os conserva como á tan buen ejecutor de sus piadosas obras. Proseguid, pues, en hora muy dichosa, y aunque rodeéis algo, entrad en Alcalá mañana, y quedáos en paz, que ya vuestro cristiano celo y proceder me tienen en el lugar del descanso.

Y mostrándose á estas razones últimas más cándido y resplandeciente que las mismas estrellas, se le quitó de delante, dejándole, como podréis considerar, aunque con diferente alegría que otras veces; porque conociendo ser la misma voz que ya tanto le había dado que hacer, en su incomparable resplandor, entendió el dichoso estado en que se hallaba. Y así, advertido en lo que le ordenó, mandó otro día se torciese el viaje, presumiendo que Ortensio tuviese en Alcalá necesidad de su persona, pues se lo había encargado así; adonde en llegando antes de medio día, apenas se apeó en una posada, cuando llegaron á ella (y una tras de otra) dos mujeres como mandaderas de monjas, á pedirle, así á él como á don Fadrique, se llegasen á un cierto monas-

terio por quien los dos poco antes pasaran: lo cual, poniendo por obra curiosamente y creyendo que algunas monjas, habiéndolos visto atravesar desde las vistas, querían como con forasteros divertirse, sin más pensarlo se entraron en un locutorio, en quien, por abreviar, cuando entendieron verse en batalla campal con veinte discreteantes profesas, se hallaron sin pensar con la bizarra Hipólita y su hermosa prima. A las cuales, habiéndolas traído allí el conde, por más que á la abadesa, que era su hermana, dejó encargada su recato y custodia, y sobre todo, el escribir ó hablar de aquella suerte, tuvo el remedio que véis. Porque no obstante que á los principios se guardó con ellas apretado rigor, y tanto, que ni avisar pudieron á los dos caballeros, ya en parte, mitigándose y dándolas solaz en mirar á la calle, quiso su fortuna que fuese á tan buen tiempo, que al pasar por ella conociesen á sus dos amantes, y tuviese el hablarlos (mediante el favor de algunas monjas) el efecto que oís.

Dejo á la consideración del lector, por no dilatar más esta historia, así el gusto de aquellos caballeros (digo del buen don Diego) como las alegres lágrimas con que las dos señoras solemnizaron su deseada venida; y finalmente, los amorosos conceptos, que por no ser sentidas, reducirían á una breve suma: de la cual, el remate y carta cuenta que unos y otros se dieron fué

concertar que las dos primas escribiesen al punto al arzobispo la fuerza que para impedir su casamiento les hacía el conde; y que esto se propusiese con tan vivas razones que, mediante la diligencia que los dos hermanos, de sus deudos y amigos, pusiese aquel perlado su mano y jurisdicción en remediarla. Con esta conclusión, despidiéndose alegres, entrando en la corte, se fomentó de su parte de suerte, que cuando menos sospechaban los llamó el arzobispo para ante todas cosas entender la verdad y voluntad de entrambos.

Estaba ya la de don Fadrique (supuestós los inconvenientes que he dicho) aunque mal consolado reducido á la de su hermano, que siempre deseó el empleo de Laura. Y por el consiguiente, la hermosa Leonarda, convencida en lo que sus hermanos hiciesen de ella, y así, desecha esta dificultad, se mandaron sacar del convento, y traer á Madrid á la dos primas, adonde, aunque el conde sintió terriblemente que contra su gusto se le casasen tales prendas; y procuró que el marqués y su primo, que ya andaban libres, para su dilación, saliesen á impedirlo, fué por demás; porque ellos, mirándolo mejor, se estuvieron quedos; y él, viendo estas esperanzas perdidas y que para que condescendiese le apretaban personajes gravísimos, hubo de tener por bien lo que, si hasta allí contradecía era más por interés ó tema que por deméritos de tales

caballeros, los cuales eran tan ricos y tan nobles como él; y en conclusión, concertadas sus bodas con general aplauso de la corte, gusto y descanso de sus corazones, las pusieron por obra, renovándose las muchas fiestas que se hicieron en ellas con las de su hermosa hermana, á quien dignamente dieron el estado que merecían sus partes, casándola, poco después, con un gran caballero. Con que dejando fama eterna de sus muchas virtudes el venerable y antiguo tronco de su casa, sobre sus excelencias ilustres y, entre tal altas ramas, adelantó estos generosos pimpollos que le adornaron y engrandecieron.

FIN DE ESTA PRIMERA PARTE



TABLA

DE LOS

CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTA PRIMERA PARTE

Breve resumen de las excelencias y antigüedad de España, teatro digno de estas peregrinas *Historias*.

Dispónese éste en cuatro capítulos, desde el folio 15 hasta el 28, en que concluye la materia.

El buen celo premiado.

	<u>Folios.</u>
CAP. V.—Historia notable sucedida en la imperial ciudad de Zaragoza, con el origen y antigüedad de sus mayores excelencias.	29
CAP. VI.—Aléganse en la confirmación de la primacía y excelencia de esta ciudad diferentes razones.....	34
CAP. VII.—Dáse principio al cuento prometido.....	38
CAP. VIII.—Toman los delincuentes nueva resolución, aumentando con ella sus culpas y delitos.....	44